



Por Nicolás Lynch



El destino de la unidad

Los ajetreos políticos de los últimos días entre los candidatos de la ex oposición democrática parecen tener un solo objetivo: lograr la más amplia coalición lo antes posible. Quien lo logre tiene asegurado su paso a la segunda vuelta y quizás, si ese alguien es Alejandro Toledo, un triunfo en primera vuelta.

¿Qué lleva a los candidatos demócratas a buscar la más amplia coalición electoral? Dos cosas a mi modo de ver. El reclamo ciudadano de un candidato mayoritario que tenga la fuerza suficiente para iniciar en el país un camino distinto y la necesidad de lograr un gobierno de unidad nacional para la reconstrucción democrática. Podría parecer que ambas fueran la misma cosa; sin embargo, es preciso distinguir que se trata de dos aspectos de un proceso sucesivo. El candidato ganador debe, por la coyuntura de transición en la que estamos, ser una figura ampliamente convocante y la alianza de gobierno que plantee claramente plural e inclusiva, donde el compromiso de diversos sectores políticos con una plataforma de gobierno común dé la confianza suficiente a la ciudadanía de que marchamos a un cambio significativo.

Hoy, dos candidatos ya declarados parecen tirar de lados opuestos la cuerda de la unidad. Lourdes Flores por un lado y Alejandro Toledo por el otro, con Jorge Santistevan en el medio sin que parezca saber claramente qué hacer. Sería exagerado decir, como sugieren algunos analistas, que Lourdes Flores tira desde la derecha y Alejandro Toledo desde la izquierda, más exacto sería señalar que una incluye en sus afanes a políticos indefinidos frente al fujimorismo como Rafael Rey y que el otro presenta un perfil más claro de ruptura con el gobierno anterior. Ello no quiere decir que no existan simpatías ideológicas pero ellas todavía se subordinan a la actitud que se toma frente a la anterior dictadura. En este panorama Santistevan ha jugado a ser el candidato sorpresa, incontaminado con las ambicio-

nes de los políticos de antes, pero no lo ha logrado todavía. El ex-Defensor quiere ser el centro de los centros pero no encuentra todavía su propio centro, parece que se verá obligado a mayores definiciones. No está dicha, sin embargo, para nadie la última palabra y todos parecen en condiciones de mejorar radicalmente su posición en el escenario.

Pero, ¿qué pasaría si nadie logra alguna coalición significativa en los próximos días que se exprese de la mejor manera en la plancha presidencial? Podría surgir un verdadero candidato sorpresa, tal como ya sucedió en las elecciones de 1990, que complique la situación para los candidatos mejor colocados y abone, casi con seguridad, en favor de la fragmentación electoral. Se habla ya de varios, aún no técnicamente lanzados, que desearían cumplir ese papel, aunque ninguno de los nombres que corre parece que reúna los requisitos necesarios de la verdadera sorpresa.

La incertidumbre que todavía reina en el escenario electoral tiene como causa la persistencia de un electorado volátil, cuya lealtad es a "ganador" dentro del contexto de apertura democrática en el que vivimos. Ninguno de los candidatos considerados fuertes puede mostrar todavía una fuerza electoral propia que lo siga en todos los avatares de nuestra política criolla. No es casual que un político experimentado como Alberto Andrade y quizás si con el movimiento más extendido del momento haya optado por retirarse de la contienda por la presidencia.

Urge, por ello, que se afiancen estos esfuerzos unitarios. Sólo de coaliciones fuertes y plurales podrá surgir en el futuro un verdadero sistema de partidos en el Perú. Lo contrario, corre el grave riesgo de conducirnos a una fragmentación política, que reste fuerza al gobierno elegido y le impida hacer las alianzas necesarias para hacer al Perú gobernable. De una situación de este tipo se podría aprovechar fácilmente el fujimorismo para levantar cabeza y volver a poner la corrupción al mando del Estado.